

“En las selvas y en las calles”: el Buenos Aires Herald y la militarización de la cuestión “subversiva” durante la presidencia de Isabel Perón (1974 y 1976) (*)

“In the jungle and in the streets: the Buenos Aires Herald and the militarization of the “subversive” question under President Isabel Perón (1974-1976)

María Sol Porta

Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina
solporta@gmail.com

Resumen

El artículo analiza la posición editorial del matutino de habla inglesa *Buenos Aires Herald* respecto de la militarización de la denominada “cuestión subversiva” durante la presidencia de María Estela Martínez de Perón, desde julio de 1974 hasta el golpe de Estado de marzo de 1976. Mediante herramientas de análisis del discurso, se aborda el modo en que el *Herald* describía la problemática ante sus lectores, como también retomaba o discutía otros discursos presentes en el debate de la época. A lo largo del período, el discurso del *Buenos Aires Herald* fue variando desde una posición de notoria reserva respecto del militarismo local hasta una convalidación del creciente papel militar en la vida política argentina y en la denominada “lucha antisubversiva”. En este sentido, la actitud asumida por el *Herald* entre 1974 y 1976 puede constituir un parámetro de hasta qué punto se consideraron como “aceptables” la intervención militar y la respuesta violenta a los grupos armados –y a distintas formas de movilización social, incluso desde discursos “moderados”.

Palabras Claves: prensa; discurso; militarismo.

Abstract

The article analyzes the editorial position of the *Buenos Aires Herald* newspaper about the militarization of the so-called "subversive question" under President Maria Estela Martinez de Peron, from July 1974 until the coup of March 1976. Using tools of discourse analysis, it deals with the way the Herald described the problem to his readers, as well as resumed or discussed other speeches in the debate of the time. Throughout the period, the *Buenos Aires Herald* opinion varied from a position of notable reluctance to local militarism to the acceptance of the military role in politics in Argentina and the so-called "struggle against subversion". In this sense, the attitude of the *Herald* between 1974 and 1976 can be a parameter of how military intervention and the violent response to the armed groups -and various forms of social mobilization- were considered "acceptable", even among "moderate" sectors.

Keywords: print media; discourse; militarism.

Introducción



Con más de cien años de historia, el *Buenos Aires Herald* tiene un lugar reconocible dentro del escenario de medios gráficos argentino. Es el “diario en inglés”, disponible en el mercado local para los angloparlantes, mucho menos leído que otros medios como *Clarín* y *La Nación*, compartido por los descendientes de los colonos británicos en Argentina pero también por una cierta élite que se reconoce en sus páginas. En relación con la historia reciente, el *Herald* –como se lo denomina- tiene una reputación que excede a sus lectores de siempre: es uno de los poquísimos medios gráficos que se animó a denunciar, en épocas tan tempranas como mayo de 1976, las violaciones a los derechos humanos cometidas en el marco del terrorismo de Estado impuesto por la dictadura de 1976-1983, en medio del silencio generalizado de los grandes exponentes de la prensa gráfica local.

Lo hizo, además, en un giro notable respecto de su inicial apoyo al golpe de 1976, en consonancia con su discurso afín a la defensa absoluta de las garantías constitucionales y en disidencia con el marcado apoyo que, paralelamente, brindó a la política económica de libre mercado implementada por el ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz desde el 2 de abril de 1976. El *Herald* había cuestionado duramente al gobierno depuesto de Isabel Perón (1974-1976), había visto con buenos ojos la figura de Jorge Rafael Videla, había aplaudido la llegada de los militares al poder, coincidía con el diagnóstico económico de la dictadura y algunos de sus más altos periodistas eran incluso cercanos a miembros de la dirigencia económica y a algunos funcionarios civiles que asumieron junto con el nuevo régimen. Esto no impidió que denunciara los secuestros y desapariciones, que sus periodistas se pusieran en contacto con quienes por entonces comenzaban a formar los grupos de familiares de desaparecidos y que algunos de estos periodistas debieran exiliarse luego, amenazados de muerte por la dictadura.

Las diferentes aristas de la actuación del *Herald* durante el período dictatorial y también en el mucho menos estudiado objeto que representa su actuación en épocas anteriores al golpe(1) fueron abordadas en los últimos años por la autora de este artículo, en el marco de un conjunto de investigaciones sobre medios en la historia argentina reciente con sede en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.(2) Aquí intentaremos profundizar sobre un aspecto puntual que, en nuestra opinión, constituye un punto de partida clave para una mejor comprensión del derrotero seguido por el diario durante el régimen militar: su posición –expresada en sus discursos editoriales- respecto de la progresiva militarización de la denominada “cuestión subversiva” durante los meses que duró la presidencia de Isabel Perón, desde julio de 1974 hasta el golpe de Estado de marzo de 1976. A lo largo de este período, el discurso editorial del *Buenos Aires Herald* fue variando desde una posición de notoria reserva respecto del militarismo local hasta una convalidación del creciente papel militar en la vida política argentina y en la denominada “lucha antisubversiva”. El carácter excepcional de esta postura se pone de

relieve cuando se considera la historia poco afín al militarismo del diario y, en especial, la actitud asumida inmediatamente después del golpe. En tal sentido, consideramos que la posición asumida por el *Herald* entre 1974 y 1976 puede constituir un parámetro de hasta qué punto fueron vistas como “aceptables” la intervención militar y la respuesta violenta a los grupos armados –y a distintas formas de movilización social-, incluso desde discursos pretendidamente moderados.

Este enfoque forma parte de una investigación más amplia respecto del posicionamiento del diario acerca de distintos aspectos –económicos, políticos, sociales- del contexto histórico de 1974-1976. Se inscribe en una perspectiva que, a la manera de Héctor Borrat(3) entiende al periódico como actor político y a sus editoriales como expresiones de opinión institucional. También abreva en antecedentes locales como los de Ricardo Sidicaro; César Díaz; Mariana Heredia; Jorge Saborido o Marcelo Borrelli, que consideran a los editoriales de los medios gráficos como la manifestación de un pensamiento político aplicado al análisis de la realidad cotidiana.(4) A partir de esta visión, se analizaron todos los editoriales del matutino –uno por día- a lo largo del período considerado, utilizándose para ello concepciones y herramientas para el análisis del discurso como las ofrecidas por Bajtín-Voloshinov; Verón; Lakoff y Johnson, entre otros.(5) En concreto, respecto de lo que muchos actores políticos –entre ellos, el *Herald*- llamaban la cuestión de la “subversión”, se buscó detectar la evolución y los cambios del modo en que el matutino fue describiendo y presentando la problemática ante sus lectores, retomando o discutiendo –de manera explícita e implícita- otros discursos y conceptos presentes en el debate de la época.

A los fines del contraste y la comparación, se analizaron otros contenidos del *Herald* como así también editoriales de otros diarios en los casos en que resultó pertinente. Los elementos más relevantes del contexto histórico, tanto en el plano de los acontecimientos como en el de los procesos, fueron incluidos a partir de trabajos de investigación como los de Pablo Kandel y Mario Monteverde; Richard Gillespie; Liliana De Riz; Mirta Varela; Hugo Vezzetti; Marcos Novaro y Vicente Palermo o Maristella Svampa, entre otros.(6) También a partir de entrevistas y de las memorias escritas por algunos de los protagonistas de la historia del *Herald*, como por ejemplo Andrew Graham-Yooll y Robert Cox, este último en David Cox.(7)

Dudas y cuestionamientos (Julio 1974 / Febrero 1975)

Fundado en septiembre de 1876, el *Buenos Aires Herald* fue durante mucho tiempo un periódico destinado principalmente a los miembros de la pequeña pero influyente colectividad británica en Argentina y, en segundo lugar, a angloparlantes en general. En

coincidencia con un proceso de cambios societarios(8) y con la llegada del periodista inglés Robert Cox como nuevo editor a fines de la década del '60, fue ampliando cada vez más su mirada a distintas realidades más allá de la vida comunitaria y los movimientos comerciales portuarios, pero siempre con una perspectiva más "internacionalista" que otros medios. Para 1976, era leído no sólo por los descendientes de ingleses, escoceses e irlandeses, que buscaban noticias sobre la reina de Inglaterra o sobre casamientos entre miembros de la comunidad, sino también por una élite empresaria y dirigente compuesta - en muchos casos- por ejecutivos llegados al país con la instalación de sucursales de compañías transnacionales durante la segunda etapa sustitutiva de importaciones, como también empresarios y ejecutivos locales, angloparlantes.(9) Todo su contenido estaba en inglés excepto algunos avisos comerciales y el editorial, que se publicaba en inglés y en castellano. Este dato es relevante, en la medida que podemos pensar que el universo posible de lectores del editorial era, por lo tanto, mayor que el del resto de las notas del matutino. Casi todos eran escritos por Robert Cox.(10)

Ideológicamente, el *Herald* se definía como "de centro" o bien como "liberal" en una acepción que remitía más a la del liberalismo inglés: a diferencia del liberalismo vernáculo, históricamente asociado a la defensa del libre mercado pero también a proyectos políticos de corte autoritario,(11) el diario reivindicaba tanto el libre mercado –concibiendo la intervención estatal en la economía como una "distorsión"- como las instituciones de la democracia liberal. Sostenía una posición muy crítica hacia el peronismo, que aludía principalmente a las tendencias autoritarias que atribuía al liderazgo político de Juan Domingo Perón y a su tradicional desconfianza hacia cualquier tipo de práctica política o económica que pudiera identificarse como "populista".(12) En tal sentido, el medio se encolumnaba dentro de lo que podríamos llamar el espectro "antiperonista". Sin embargo, para el momento que nos ocupa, el *Herald* había dejado de lado algunas de sus reservas y formaba parte de los actores de "derecha" o "centroderecha" que habían visto con buenos ojos el retorno de Perón a la escena pública, como una garantía de pacificación por encima de la pugna económica y la intensa movilización social que caracterizaban al período (a diferencia de otros medios –como *La Prensa*, por ejemplo- que mantuvieron su antiperonismo irreductible). A la muerte de Perón, el diario se encontró entre las numerosas voces que, desde fuera del peronismo, manifestaron su apoyo a la asunción de Isabel como presidente, reconociéndole su legitimidad a partir del voto popular.

Muchos de sus editoriales se referían a circunstancias de índole internacional. Sin embargo, a lo largo de este período, la sección pasó a ocuparse cada vez más del análisis y la opinión de los temas locales, entre los cuales la llamada "violencia política" ocupó un lugar preponderante ¿A qué se refería concretamente el diario? Por empezar, la caracterización central era que la violencia, tal como se daba en Argentina en 1974, era

consecuencia de una *“guerra entre bandas políticas”*(13) y del accionar cada vez más exasperado de grupos a las que el medio calificaba como “terroristas” al margen de la institucionalidad: por un lado *“una organización guerrillera que dice que es motivada por principios cristianos, no marxistas”* –Montoneros, la principal guerrilla peronista- y *“una organización marxista”* –la guerrilla guevarista Ejército Revolucionario del Pueblo-ERP-. Por otro, *“los escuadrones de la muerte de tendencia derechista”*. Fuera de sus diferencias ideológicas, estos grupos aparecían reunidos en su condición ontológica, en la medida en que compartían una metodología: *“todos ellos”* eran “terroristas” ya que estaban dedicados a *“diseminar el terror”*.(14) En síntesis, la “violencia política” era considerada principalmente como una cuestión de “terrorismo”. El “terrorismo de derecha”, igualmente criticable a los ojos del *Herald* que el de izquierda, aparecía sin embargo como una reacción –no democrática, sino “terrorista”- al accionar de las organizaciones armadas. En tal sentido, el diario participaba de una caracterización que, como demuestra Franco, se encontraba ampliamente extendida entre los medios de prensa y diversos sectores políticos.(15)

Entre ambos extremos de “izquierda” y de “derecha” se encontraba una sociedad mayoritariamente moderada: para el matutino, los grupos armados eran una suerte de anomalía en relación con el funcionamiento habitual de la sociedad argentina. Así descrito, el escenario no aludía a una situación estática sino a un equilibrio que podía ser roto en cualquier momento. El factor decisivo que lo mantenía no se encontraba en manos de los violentos, sino de los moderados. El principal temor respecto de las acciones de los “terroristas” apuntaba a sus posibles consecuencias en términos de radicalización de la sociedad. Además de los “terroristas” y los “moderados”, el diario identificaba a otros dos actores centrales para la evolución de la cuestión: el “gobierno”, que debía resolver el problema, y las “fuerzas de seguridad”, caracterizadas principalmente como víctimas y blancos de los ataques guerrilleros.

A los pocos meses de asumida, la administración de Isabel Perón comenzó a definir sus primeras actuaciones respecto de la “violencia política” como cuestión pública y lo hizo en el contexto de ciertos acontecimientos sobre los cuales el *Herald* editorializó: entre éstos, la publicación de la entrevista en la que los líderes montoneros contaron detalles sobre el secuestro y la muerte de Aramburu (3/12/1974); el pase a la clandestinidad de la organización Montoneros (6/12/1974) y el secuestro de los empresarios Jorge y Juan Born (19/9/1974); el fusilamiento de miembros del ERP en el fallido ataque al regimiento 17 de infantería aerotransportada de Catamarca y el posterior anuncio de represalias por parte de esa organización contra el Ejército; la sanción de la ley 20.840 de Seguridad Nacional (28/9/1974) que tipificaba las conductas pasibles de ser caracterizadas como delito de “subversión”; la actividad creciente de atentados, fusilamientos, detenciones y amenazas

por parte de la organización militar Alianza Anticomunista Argentina (en adelante, Triple A); el robo del cuerpo de Aramburu por parte de Montoneros (17/10/1974); el atentado al jefe de la Policía Federal Alberto Villar (1/9/1974) y la declaración del Estado de Sitio por parte del gobierno (6/11/74, que siguió vigente durante la dictadura posterior). Finalmente, ya en febrero de 1975, el anuncio oficial del “Operativo Independencia”, por el cual se encomendaba al Ejército la represión de los focos guerrilleros en la provincia de Tucumán.

A lo largo de este período, la preocupación del *Herald* se concentró más en las organizaciones armadas de izquierda, concebidas como los principales agentes de la violencia política. Por momentos, se refería a ellos como actores racionales, cuya conducta respondía a fines específicos: la polarización de la sociedad y la desestabilización de la democracia. Pero cada vez más –y muy especialmente, en los editoriales posteriores a los hechos violentos, donde la subjetividad se veía más expuesta dentro de la voz del diario-, su acción era vista como producto de una “locura irracional”. Así y todo el matutino insistía en que la respuesta debía darse dentro de los límites impuestos por la ley y las garantías constitucionales que la democracia debía defender. Frente a la promulgación de la Ley de Seguridad Nacional, el diario se mostró escéptico respecto de las ventajas de un endurecimiento de la legislación y advirtió contra la posible violación de las libertades civiles por parte de la nueva norma, en especial en lo concerniente a las libertades de prensa, amenazada por la vaguedad de la ley a la hora de definir qué conductas periodísticas serían susceptibles de ser penadas bajo el cargo de “*incitación a la violencia*”.(16) En su apelación al gobierno, el *Herald* sostenía que era necesaria una respuesta a la acción guerrillera, pero que ésta debía darse sin afectar las garantías constitucionales.

El otro actor al cual el diario apelaba, ya más indirectamente, eran las fuerzas de seguridad. Como hemos visto, su papel preponderante en el discurso editorial era el de blanco de la guerrilla. No se trataba de una descripción azarosa, porque era cierto que por entonces tanto el ERP como Montoneros habían anunciado campañas específicas contra el ejército y la policía, respectivamente. Pero además, esta caracterización como víctimas conllevaba su consideración como fuerzas apolíticas, apartidarias y defensoras de la democracia. Como si la insistencia en el carácter “democrático” de las fuerzas de seguridad –cabe recordar que por entonces la Argentina tenía una larga historia de militarismo que el *Herald* no desconocía- estuviera relacionada con la preocupación por el efecto de “venganza” que los actos de la guerrilla pudieran provocar.

Un caso paradigmático fue el atentado montonero que provocó la muerte del jefe de la Policía Federal en noviembre de 1974. Fue una noticia destacada por muchas razones, entre las cuales se encontraban la audacia de la operación y el hecho de que su objetivo hubiera sido la figura máxima de una de las principales fuerzas de seguridad. Era además,

la expresión de un antiguo antagonismo que venía de algunas actuaciones de Villar como creador de la Brigada Antisubversiva en 1970 y como autor, bajo el gobierno dictatorial anterior, del asalto a la sede del Partido Justicialista para secuestrar los restos de tres víctimas de los fusilamientos de Trelew.(17) Durante su actuación al frente de la Policía Federal –nombrado por Perón en abril de 1974- se habían producido, entre otras cosas, las represiones a los cortejos fúnebres de los abogados Rodolfo Ortega Peña y Silvio Frondizi, asesinados por la Triple A. Por entonces ya se sospechaba que Villar formaba parte de la organización paramilitar y el propio Silvio Frondizi –a cuyo asesinato el *Herald* había dedicado una nota de tapa y un editorial un mes antes- lo había acusado públicamente de participar en torturas y apremios ilegales.

Frente a su muerte, el *Herald* reaccionó con el horror esperable en un espacio que habitualmente condenaba toda acción violenta. Lo inusual fue el modo en que se refirió a la persona de Villar. Sin hacer referencia a sus actuaciones -cuanto menos conflictivas- ni a las sospechas que pesaban sobre él, lo elogiaba en su carácter de “buen policía” cuya conducta profesional había sido avalada por el propio Perón al nombrarlo. Era esta suerte de investidura democrática lo que colocaba a Villar y a las fuerzas de seguridad en general, del lado de la defensa de los valores democráticos frente a los “terroristas”:

“El comisario general Villar indudablemente se sentía mucho más feliz en su trabajo bajo un gobierno electo democráticamente, que cuando servía en una administración de facto. Su tarea, desde el momento en que fue nombrado por el presidente Perón hasta su trágica muerte acaecida en el día de ayer, era defender a una sociedad democrática de sus enemigos. El comisario general Villar estaba en primera línea contra los maquinadores de golpes de hoy. Los militares están tras el gobierno, respaldando la constitución. Son las organizaciones terroristas las que quieren destruir las instituciones de la Argentina”.(18)

En una línea similar, la columna política del domingo siguiente a cargo de Andrew Graham-Yooll insistía en el peligro de polarización que representaban estos atentados. Sin embargo, no exaltaba la figura de Villar y cuestionaba al gobierno la aparente impunidad con la que se movían las bandas paramilitares.(19)

Cuando, cinco días después del atentado, el gobierno declaró el Estado de Sitio, el *Herald* respondió con escepticismo al anuncio, en particular dada la opacidad del motivo por el cual se había tomado la medida. En principio, se había aludido a unas inexistentes amenazas guerrilleras a escuelas y se había enviado unas pocas tropas a “proteger” algunos de estos establecimientos. El *Herald* se permitió cuestionar abiertamente esta disposición utilizando un recurso habitual en sus editoriales, la ironía:

“Si la amenaza es tan seria que se ha tenido que enviar tropas, podemos ahora esperar que el gobierno hará conocer al público la información sobre la cual se basó para tomar tal decisión. Debemos suponer, hasta que nos llegue tal información, que el peligro para los escolares es tan grande como para requerir la protección de las fuerzas armadas, pero no tanto como para renunciar a las pocas semanas que quedan del año escolar”.(20)

Para principios de 1975, el matutino ya no ocultaba su impresión de que los “terroristas de derecha” recibían apoyo oficial, o al menos el visto bueno para actuar. Alentaba así al gobierno para que, con su accionar, demostrara que era falsa la impresión de que la Triple A podía “operar con impunidad”.(21) Incluso se permitió deslizarse que existía cierta similitud entre los procedimientos policiales y los de las bandas paramilitares: por caso, el uso de coches sin patentes. Por contraste, el ejército aparecía en los textos como una fuerza profesional y, al menos explícitamente, no recibía ningún cuestionamiento.

En febrero de aquel año, frente a los rumores de la inminente intervención militar en Tucumán, el diario mantuvo la actitud de reserva que había mostrado tres meses antes con el envío de tropas a los colegios. Concretamente, hizo públicos sus temores de que la militarización de la respuesta estatal a la guerrilla supusiera una presión intolerable para el sistema democrático argentino. Como ejemplo, citaba el caso cercano de Uruguay, donde el incremento de la participación militar había sido la antesala de un golpe de Estado. Sin entrar en detalles, el matutino convocaba a “mantener el raciocinio ante la locura y la decencia ante la barbarie”, a hacer que “los retorcidos argumentos de los terroristas se viesen confrontados con el razonamiento de un debate democrático”. De otra manera, la alternativa –hacer intervenir al ejército- implicaría que “el sistema democrático mismo se vería expuesto a una tremenda tensión”.(22)

Semejante actitud fue un elemento disonante en el marco de una prensa que, mayoritariamente, saludó a la intervención militar en la provincia norteña. *Clarín*, por ejemplo, le dedicó al asunto un espacio en todas sus tapas de la semana, desde donde se seguían día a día los detalles del operativo, aunque se abstuvo de editorializar: mantuvo así el “silencio estratégico” que tan oportunamente detectó Borrelli respecto de ciertas cuestiones.(23) Además de cubrir el tema en sus tapas, *La Opinión* publicó entre otras cosas una columna editorial en la que el periodista Mariano Grondona aseguraba que la experiencia de Tucumán era un ensayo orientado a “fortalecer la vida cívica para resistir la subversión”.(24) A su amplia cobertura del tema, *La Nación* sumó un editorial en el que aseguraba que “ningún reparo de tipo constitucional” podía oponerse a la medida y que “la comprobación fáctica” de que Argentina se hallaba en un “inequívoco estado de ‘guerra’” debía servir para desalentar cualquier duda.(25)

En contraste, el *Herald* manifestaba su desazón, al comprobar que la “fuerza bruta” se había impuesto por sobre el debate.

“Es demasiado pronto aún para aventurar cuán grande será esta tensión ejercida sobre la democracia. El gobierno ha dado un paso que, dada la situación del país y del gobierno, era tanto inevitable como la elección más fácil. Una política para que Argentina asumiera una democracia plena era tan poco probable como fuera de los planes oficiales. Pero aun así el gobierno debe cuidarse de transgredir los derechos

esenciales de la mayoría, ya que la guerra ha sido declarada a una minoría muy pequeña".(26)

Desde la intervención en Tucumán, cobraron fuerza en *Herald* los recordatorios sobre la necesidad de mantener la “*guerra contra el terrorismo*” dentro de los parámetros de los derechos y las garantías democráticas. Apelando a su tradición internacionalista, el matutino recordaba la impopularidad de los gobiernos dictatoriales de Uruguay y Brasil en relación con las torturas y las desapariciones que por entonces ya eran denunciadas en los foros internacionales.

Para resumir, entre julio de 1974 y febrero de 1975 el *Herald* consideró a la “violencia política” como una cuestión prioritaria. En líneas generales, se la caracterizaba como el resultado de un enfrentamiento entre dos bandos extremistas, en medio de una sociedad mayoritariamente moderada a la que se apelaba constantemente a mantenerse en el “centro”. En el caso de las fuerzas militares (de a poco se acumularían sospechas respecto de la policía), se las consideraba como víctimas y como defensoras de la democracia, en abierta disidencia a la respuesta “terrorista” al terrorismo representada por la Triple A. Así y todo, frente a la ampliación de sus atribuciones en materia de seguridad interna a raíz del “Operativo Independencia”, el diario evidenció sus discrepancias, en la medida en que veía a la intervención militar como un foco de tensión para la estabilidad democrática. Se diferenció así de otros medios, que manifestaron su apoyo sin reservas.

El respaldo a la opción militar (Febrero de 1975 – Marzo de 1976)

A lo largo de los meses que siguieron al “Operativo Independencia” una serie de circunstancias contribuyeron a modificar sensiblemente el posicionamiento del diario. Mencionamos aquí dos de las que consideramos más importantes: en primer lugar, la seguidilla de atentados producidos por la Triple A –en paralelo con el ascenso de su mentor, el ministro de Bienestar Social José López Rega- y la constatación, por parte del *Herald*, de que el gobierno no era un observador más, sino que tenía algún tipo de participación en lo que se describía como una escalada violenta “entre dos bandos”. El segundo aspecto tiene que ver con una circunstancia más implícita, pero quizás más determinante, que puede detectarse en niveles más sutiles de análisis del discurso y consiste en extensión del concepto de “guerra” para aludir a distintos conflictos en diversas áreas de la vida social, más allá de su sentido restringido al enfrentamiento armado. Ambos elementos confluyeron en lo que sería una variación de la posición del diario respecto de la cuestión “subversiva”.

En relación con el accionar de las bandas paramilitares, hemos visto que en alguna ocasión el diario había publicado sus sospechas respecto de la aparente complicidad del

gobierno. Desde fines de abril, una serie de ataques a periodistas o a personas allegadas al gremio renovaron los llamados de atención del *Herald*.⁽²⁷⁾ Por entonces, la suposición de que la Triple A no sólo era tolerada, sino amparada por el gobierno estaba muy difundida en los círculos políticos. El propio Ortega Peña había investigado los vínculos entre López Rega y la banda poco antes de que ésta lo matara.⁽²⁸⁾ Medios con reconocido compromiso partidario como la revista *Militancia* –dirigida por Ortega Peña- o *El Mundo* –vinculado al ERP- habían efectuado denuncias al respecto. Políticos como Héctor Sandler, un diputado amenazado por la Triple A –el *Herald* editorializó sobre el tema- o el radical Conrado Storani, habían denunciado la “impunidad” con la que parecía moverse la ultraderecha. En semejante contexto, el *Buenos Aires Herald* que, a diferencia de *El Mundo* o *Militancia*, no reconocía una adscripción política “de izquierda” era una de las pocas voces, junto con *La Opinión*,⁽²⁹⁾ que denunciaba insistentemente la aparente protección con la que parecía contar el “terrorismo de derecha”. Incluso argumentaba que esta forma de “terrorismo” era aun más peligrosa “para el gobierno y el orden constitucional, que las actividades subversivas de la izquierda”,⁽³⁰⁾ entre otras cosas porque entre sus repercusiones se encontraban el exilio de artistas o el asesinato de periodistas. Y sobre todo, porque la tolerancia de la que esta forma de “terrorismo” gozaba afectaba más la credibilidad en las instituciones democráticas que las acciones guerrilleras. El diario recomendaba al gobierno que, en nombre de su reputación, actuara contra la Triple A con la misma firmeza que contra la guerrilla. Destacaba, además, que el ejército y la armada habían condenado “la violencia política bajo cualquier signo”.

La constatación de que la Triple A contaba con apoyo oficial produjo un impacto visible en los discursos del *Herald*. En su visión, la guerrilla y las bandas paramilitares eran igualmente “irracionales” –no podía negociarse con ellas-, el gobierno aparecía cada vez más como cómplice de las segundas y la sociedad, cuando no era indiferente, comenzaba a apoyar cada vez más las acciones de uno y otro extremo. De los cuatro actores identificados como parte de la cuestión de la “subversión”, sólo uno, las Fuerzas Armadas, parecía no haber defecionado. A lo largo de estos meses, en los editoriales del diario se las siguió considerando como profesionales, políticamente prescindentes y moderadas, todo ello con el agregado su condición de “víctimas” por excelencia de los atentados guerrilleros. A diferencia de lo que ocurriría después del golpe de Estado, el actor militar nunca fue vinculado a las actividades de la Triple A o a las violaciones a los derechos humanos cometidas en el marco de la represión.

En paralelo, a lo largo de estos meses se observa en los editoriales una cierta ampliación de los significados atribuibles a los términos “guerra”, “terrorismo” o “subversivo”. Como veremos más adelante, tal modificación semántica no fue exclusiva de este medio, pero sí es posible suponer que el hecho de haber participado de esta suerte

de sentido común de época influyó de alguna manera en su posicionamiento concreto respecto de qué hacer con “los subversivos”. A fines de 1974, cuando el *Herald* hablaba de “guerra” lo hacía refiriéndose, concretamente, a lo que veía como un enfrentamiento entre bandas armadas –una “*guerra terrorista sucia y sigilosa*”-(31) y cuando hablaba de “terrorismo” o “subversión”, se refería, según ya fue señalado, a los integrantes de estos grupos.

El primer cambio en este sentido ocurrió en los meses de abril y mayo de 1975, durante la prolongada huelga de los trabajadores metalúrgicos de Villa Constitución, en la provincia de Santa Fe. Con el aval de las cúpulas sindicales, el gobierno se apuró a criminalizar la protesta denunciándola como un “complot subversivo” y deteniendo a numerosos participantes. Si bien nunca se aportaron pruebas que vincularan a los gremios de la zona con las organizaciones armadas, la idea de que la conflictividad laboral estaba relacionada con aquellas tuvo eco en varios sectores. Un mes después de que Isabel Perón denunciara la “subversión” operante en las fábricas (4/4/1975) el dirigente radical y líder de la oposición, Ricardo Balbín, se refirió a la necesidad de terminar con la “guerrilla fabril”, destacó que había signos de que la guerrilla operaba en las fábricas y atribuyó a esta actividad los bajísimos niveles de productividad de algunas plantas.(32)

La huelga captó el interés del *Herald*, fundamentalmente porque afectaba a industrias que dependían de los insumos que se producían en esas plantas, a las que el diario defendía y entre cuyos dirigentes presumiblemente se encontraba parte de su público lector. Sin embargo, al comienzo del conflicto predominó en sus editoriales la desconfianza hacia los argumentos oficiales. En dos editoriales del mes de abril destacaba que el supuesto “*plan subversivo*” nunca había sido explicitado por el gobierno(33) e incluso llegó a asegurar:

“Luego de tres semanas, está ahora perfectamente claro que lo que sucede ahora en Villa Constitución es una pacífica huelga [...] En ausencia de alguna evidencia que apoye la teoría de que existió la maquinación de un ‘complot subversivo’, seguramente le conviene al gobierno tratar el asunto como un simple conflicto laboral”.(34)

Un mes después, mientras la huelga se prolongaba en medio de la represión oficial y paraoficial, de un cada vez más difundido debate público, e incluso de la intervención ocasional de grupos armados de izquierda, la posición del diario comenzó a variar. Si en un primer momento había descartado toda vinculación entre el conflicto y la “subversión”, en un segundo momento mantuvo su posición respecto del accionar oficial, pero admitió como ciertas las denuncias de que había formas de “terrorismo industrial” operando en el país:

“Es ahora obvio que si el gobierno hubiese tomado en serio los informes sobre la actividad subversiva hace seis meses (o tal vez antes, ya que los guerrilleros han

estado activos en las fábricas desde hace ahora más de un año), hubiera sido posible evitar la huelga en Villa Constitución neutralizando a sus agitadores”.(35)

En los meses de junio y julio, el “Rodrigazo” y sus repercusiones económicas y políticas –entre ellas, la salida de López Rega del gobierno- atrajeron la atención del *Herald*. Entre septiembre y octubre, la “violencia política” como cuestión volvió a cobrar protagonismo en sus editoriales. En el contexto político, esta etapa correspondió a la conformación de un escenario que sería muy significativo para los meses subsiguientes: el marco legal institucional que terminó de tomar forma por entonces definió algunas de las pautas más relevantes que asumiría la intervención oficial contra la “subversión” y su definición como “cuestión” por parte del Estado.

Por entonces, cobraban importancia en las tapas las coberturas de los hechos protagonizados por la guerrilla, tales como los operativos de los Montoneros contra guarniciones o grupos militares;(36) la muerte de militares como Argentino del Valle Larrabure, secuestrado por el ERP (28/4/1975) y otros casos de miembros de las fuerzas emboscados por organizaciones armadas irregulares. También el secuestro y muerte de militantes políticos por parte de la Triple A y las noticias sobre secuestros de empresarios angloargentinos –la liberación de Charles Lockwood, secuestrado por segunda vez por el ERP (1/9/1975) y la muerte de Frank Ingrey, ejecutivo de la Banca Roberts e hijo de un veterano editor del *Herald*. Además, noticias concernientes a la proscripción de Montoneros (7/9/1975 y 9/9/1975). Por otro lado, los efectos del clima violento se hicieron sentir en el diario cuando un grupo de policías se presentó en la redacción y detuvo sin cargos a Andrew Graham-Yooll, quien fue acompañado voluntariamente por Robert Cox (22/19/1975). Ambos fueron liberados.

En este contexto, las referencias al tema mostraron variaciones respecto de los meses anteriores. Desde agosto en adelante, la caracterización de la situación como una “guerra” se intensificó y se amplió a circunstancias no necesariamente relacionadas con la actividad de los “bandos armados”. Si antes el *Herald* se había hecho eco de las referencias a la conflictividad laboral en Villa Constitución como actos de “terrorismo fabril”, “terrorismo industrial” o de la actuación de la “subversión en las fábricas”, el uso de estas caracterizaciones y de las metáforas que aludían a una situación bélica se extendió a otras áreas de la vida cotidiana.

Cuando, en el mes de octubre, la empresa automotriz FIAT anunció que cerraba una de sus plantas hasta que estuvieran dadas “*las condiciones para una coexistencia civilizada*” (37) el diario editorializó sobre el tema, caracterizando como una “*guerra silenciosa*” al conflicto entre capital y trabajo. Concretamente, señalaba que “...*en las fábricas, la subversión*” adquiriría “*un aspecto nuevo y aterrador*” y que debía librarse una “*guerra silenciosa, incruenta, pero sin embargo decisiva, contra los provocadores de la*

línea de montaje". Y cerraba su editorial con la siguiente frase que, de paso, aludía a los operativos militares en el monte tucumano:

"Se ha dicho que la guerra es una extensión de la política: dentro de este contexto particular puede decirse que 'la política', v.g. la agitación a nivel de fábrica, es una extensión de la guerra que los terroristas evidentemente están perdiendo en las selvas y en las calles. Y la guerra del piso de fábrica es potencialmente mucho más peligrosa que la que se libra con pólvora y balas".(38)

Pero además, la metáfora encontró, en los discursos editoriales del diario, un nuevo ámbito de aplicación. En una de sus habituales invocaciones a los moderados, un editorial llegó a calificar de *"guerrillero hormiga"* al ciudadano común, *"normal y razonablemente legalista"* que incurriera en contravenciones tales como pasar un semáforo en rojo o fumar en el transporte colectivo. Este uso del término referido a dos entidades tan diferenciadas anteriormente en los textos del medio como eran el ciudadano "normal" y los integrantes de las guerrillas, se apoyaba en la consideración de un supuesto elemento en común entre ambos: el hecho de que, a través de sus prácticas cotidianas, los dos –el "terrorismo" en sentido estricto y el "terrorismo hormiga"- horadaban el orden social, amenazando así *"toda la estructura de la ley y el orden en la Argentina".(39)* En términos de Lakoff y Johnson, podríamos decir que, a través de la detección de determinadas expresiones metafóricas en los discursos editoriales del Herald, es posible rastrear la presencia subyacente de por lo menos dos conceptos metafóricos: el que identificaba cada vez más conflictos sociales con una imagen de "guerra" y el que identificaba a cada vez más transgresiones al orden social con la imagen de la "subversión".(40)

Esta tendencia no fue exclusiva del medio analizado aquí. En su investigación sobre el modo en que distintos discursos públicos confluyeron en la caracterización de la "violencia política" durante aquellos años, Franco muestra hasta qué punto resultó extendida la descripción de la situación como una "guerra" originada por un enemigo interno al que, en líneas generales, se definía como la "subversión" de izquierda. En una muestra de los significados divergentes y hasta contrapuestos que puede adoptar un término usado en contextos diversos –la lucha ideológica por la apropiación del sentido último del lenguaje, según Voloshinov- palabras como "terrorismo" o "subversión" eran usadas para calificar a actores muy distintos y actitudes muy diversas. Desde el gobierno se hablaba de la "subversión en las fábricas" para referirse a los gremios disidentes pero también al "terrorismo económico" en alusión a los empresarios adversos o al "terrorismo periodístico" en su enfrentamiento con ciertos medios de prensa. Como hemos visto, la acusación de "terrorismo fabril" también aparecía en boca de sectores empresariales o de políticos no oficialistas y el carácter *"subversivo"* de las transgresiones más nimias era destacado en las páginas de algunos diarios. Tal y como señaló Vezzetti,(41) el *"imaginario de guerra"* fue un trasfondo discursivo y un *"patrón de significación"* compartido

por diversos actores de la época que, a su vez, actuaron en consecuencia. Lo particular del caso del *Herald* fue que su modo de participar de este “imaginario de guerra” llegó a entrar en tensión con toda una serie de actitudes del diario que en parte definían su identidad ante sus lectores y lo diferenciaban de otros medios.

Estas variaciones en el discurso del periódico se produjeron de manera concomitante a notables modificaciones en su posicionamiento puntual respecto de distintos temas pero sobre todo, del que nos compete aquí: la cuestión de la “subversión” y cómo encararla. La posición del matutino hacia la intervención militar en este punto comenzó a ser diferente respecto de las que había manifestado en octubre de 1974 –cuando evidenció sus sospechas frente al envío de tropas a custodiar colegios- y en febrero de 1975 –cuando fue una de las pocas voces periodísticas institucionales que mostró sus reservas hacia el “Operativo Independencia”. Ya el 19 de mayo, en referencia a la presencia de las tropas en Tucumán, había editorializado favorablemente sobre la posibilidad de que el ejército se embarcara en “una campaña más amplia contra la subversión”. Una vez más, apelaba a la experiencia internacional para recordar –algo que el *Herald* había destacado ya en febrero- los riesgos de la intervención como un potencial peligro para las garantías democráticas. Pero sobre todo –y a diferencia de entonces- para dar cuenta de la necesidad de que las fuerzas castrenses se involucraran pese a eso:

“El peso de las operaciones antiguerrilleras queda en manos de la policía. Sin embargo, la experiencia en los países lindantes, sugiere que a menos que las fuerzas armadas estén completamente enfrascadas en una total y completa campaña contra el terrorismo, el éxito en erradicar la subversión, seguirá estando fuera del alcance de la mano [...] En países vecinos, la acción militar contra las organizaciones guerrilleras ha acompañado a las restricciones sobre las garantías democráticas. Esto no tiene por qué suceder aquí”.(42)

Cuando, a principios de octubre, Montoneros atacó el regimiento de Formosa, el diario consideró a esta iniciativa y a la respuesta oficial que le siguió, como una suerte de declaración oficial de la “guerra” que hasta entonces se había mantenido soterrada. Para entonces, el matutino había abandonado sus reticencias hacia la ampliación de las atribuciones militares y una vez más, recurría a las mismas referencias que había usado en febrero: la misma experiencia regional que había servido para destacar los aspectos negativos del avance militar –las denuncias sobre torturas y desapariciones, la ocupación militar del gobierno- reaparecía, ocho meses después, pero para resaltar la necesidad de terminar con el “terrorismo”:

“En el Uruguay y en Brasil [las Fuerzas Armadas] erradicaron el terrorismo una vez que tuvieron la libertad de hacerlo. Y la logística antiguerrillera en Brasil debe ser más complicada aún que en la Argentina. Evidentemente, se necesita acción decidida y mantener la presión constante día y noche”.(43)

Por aquellos días, bajo el interinato del senador Ítalo Argentino Lúder -la presidente se había tomado una licencia de un mes- tomaba forma el marco institucional legal que permitía y alentaba la actuación militar para “aniquilar” la guerrilla en todo el país, a través de los decretos 2717 (1/10), 2770 (6/10), 2771 y 2772 (8/10).(44) Sin grandes estridencias, pero también sin los resquemores que había manifestado en febrero, el *Herald* se mostró a favor de que el gobierno diera “*carta blanca*” a los militares para participar en la respuesta oficial a la guerrilla:

“Obviamente, las fuerzas armadas pueden lograr resultados excelentes si se les da carta blanca; y aseveraciones ayer de que la guerra contra la subversión es ‘total’ contribuirá (sic.) a tranquilizar a aquellos que en los últimos días han buscado en vano en los periódicos más noticias sobre éxitos alcanzados en la lucha antiguerrillera”.(45)

Conclusiones - La circunstancial radicalización de un “moderado”

De manera resumida, hemos visto el cambio en el posicionamiento del diario *Buenos Aires Herald* respecto de un tema puntual -la violencia política y cómo encararla desde el Estado- a lo largo de la presidencia de Isabel Perón. Sin espacio para explayarnos acerca de los detalles del complejo escenario de estos años, vale la pena destacar que esta evolución se produjo en un contexto de crisis política, institucional y económica de la cual el *Herald*, como cualquier otro actor político, no resultaba ajeno.

Con algunos ejemplos, se mostró cómo el diario fue abandonando su reticencia a la participación militar en la cuestión “subversiva” -reticencia que, por otra parte, respondía a un posicionamiento tradicional respecto del militarismo y sus consecuencias para el sistema democrático- hasta llegar a una posición de casi completo aval a la intervención castrense en todo el territorio del país, implementada bajo el interinato de Lúder a fines de 1975. Respecto de lo ocurrido pocos meses después, dejamos constancia de que, tal como se señala en otras investigaciones,(46) el *Herald* sumó su voz de apoyo al golpe de Estado de 1976 bajo la idea de que quienes encabezaban la irrupción eran militares “moderados”, comprometidos con el restablecimiento de una democracia en el mediano plazo y, en cualquier caso, forzados por las circunstancias a ocupar el vacío de poder que habían dejado los grupos políticos, situación que conducía al “caos” inminente. Como se ha dicho, el diario pronto tomaría distancia del nuevo gobierno, si no en el plano económico, sí en de la actuación represiva, que denunciaría con una insistencia y una valentía inusuales en otros medios.

En su apoyo al creciente papel militar durante los meses anteriores al golpe, el *Herald* no se diferenció de otras voces periodísticas. Lo particular es que, en su caso, fue necesario un cierto proceso no exento de contradicciones. Su nueva actitud coexistió de distinta manera con los posicionamientos que el matutino venía mostrando hasta entonces.

Por ejemplo, se complementaba muy bien con la afirmación de que los militares debían mostrarse “prescindentes” políticamente. El triunfo de la línea “*ascépticamente profesional*”(47) que el medio creía identificar en el encumbramiento de Videla, era vista así como un hecho positivo: para el matutino, “*con la mentalidad del ejército libre ahora de toda política*”, estas fuerzas podrían “*concentrarse en la lucha contra la subversión*”.(48) La posición a favor de la intervención militar también concordaba contra el rechazo a toda forma de “contraterrorismo”: la acción “antisubversiva” se volvía así una tarea profesional, en manos de militares profesionales.

Pero por otro lado, el apoyo a la intervención militar contra la guerrilla debió convivir, en su discurso, con otros elementos con los que, más o menos implícitamente, entraba en tensión. Algunos de ellos eran incluso constitutivos del pensamiento político con el cual se identificaba el medio y desde el cual hablaba a sus lectores. Por caso, los temores respecto de la amenaza que representaba para el sistema democrático el hecho de otorgar cada vez más atribución a los militares o la insistencia inicial en que la respuesta a los “subversivos” debía darse siempre en el marco de la ley. No se trataba sólo de que, en los editoriales, coexistieran afirmaciones contradictorias. Lejos de decantar hacia uno u otro lado, a lo largo de los meses siguientes la tensión permanecería irresuelta en los aspectos más sutiles del discurso. Se insistía en dar más poder a los militares para combatir a la “subversión” y se cuestionaba toda forma de “contraterrorismo” -ya fuera civil o parapolicial-, a la vez que se omitían detalles acerca de cómo debía, en opinión del *Herald*, desempeñarse la “respuesta” militar. La experiencia internacional podía funcionar, bien como antecedente del éxito militar contra la guerrilla, bien como recordatorio de las garantías constitucionales socavadas en este proceso. Se pedía una respuesta civilizada y democrática contra “subversivos” a los que prácticamente se describía por fuera de toda racionalidad o civilización. Explícitamente, el matutino pedía moderación, democracia y respeto por las garantías constitucionales. Pero sus palabras llevaban consigo la imagen de una “guerra” presente en todos los territorios y en todos los niveles de la vida social: en las “selvas” tucumanas, y en las “calles” de la capital. En los regimientos, pero también en las fábricas y en las esquinas de cualquier barrio céntrico. La metáfora bélica había ampliado sus posibilidades semánticas para explicar casi cualquier situación conflictiva en cualquier circunstancia social ¿De qué otra manera podía responderse a esa situación, si no era con una respuesta “igual”: bélica, sostenida y sin cuartel?

Así las cosas, el *Herald*, que se proponía como un “centro” entre dos extremos y que efectivamente era una voz “moderada” en comparación con tantas otras voces decididamente partidarias o aquiescentes, participó, no sin ciertas contradicciones, del imaginario discursivo que fue tomando forma en los meses previos al golpe de 1976.

Sostenemos aquí que esta implicación del diario en este imaginario constituye una posible muestra de hasta qué punto fue extendido y sostenido ese “sentido común” de época.

En el caso del *Herald*, el fuerte cuestionamiento hacia el accionar de las bandas parapoliciales -a las que, como hemos visto, identificaba como “contraterrorismo” o “terrorismo de derecha”- no disminuyó el apoyo a la respuesta militar, sino que más bien parece haberla consolidado, al menos en los meses previos al golpe de 1976. Esto fue así porque en todo momento el diario distinguió entre las fuerzas castrenses y la Triple A, cosa que no necesariamente ocurrió con la policía. En muchos casos incluso destacó la distancia entre las bandas armadas, a las que cada vez más veía en connivencia con el gobierno y el actor castrense, al que identificaba como víctima de las organizaciones guerrilleras y cuyo autocontrol resaltaba y alentaba a la vez. En la visión del diario, los “terroristas de derecha” se parecían más a los “terroristas de izquierda” que a cualquier otro actor. Eran, desde su perspectiva, la respuesta “contraterrorista” al “terrorismo” que alentaba el espiral de violencia, por contraposición a lo que poco a poco fue tomando forma como la alternativa de una respuesta “profesional”, en manos militares. Tanto en sus columnas editoriales como en sus contenidos dominicales de opinión, el medio llegó a manifestar sus sospechas sobre la vinculación entre las bandas y el gobierno, como también el recelo que le producía la curiosa “similitud” entre algunos métodos policiales y los parapoliciales. Si su director o sus periodistas tuvieron conocimiento de la participación de elementos militares en estos escuadrones antes del golpe, esto no aparece en los textos analizados. Sí apareció después cuando, una vez empezado el régimen militar, los lazos entre el accionar de estas bandas y la operatoria represiva clandestina se hicieron más evidentes y los temores iniciales del diario se vieron confirmados, e incluso superados, por la dimensión que adquirió el terrorismo estatal.

Notas

- (*) El presente trabajo fue escrito a partir de la investigación más general denominada: “Una trayectoria particular: el diario *Buenos Aires Herald* durante la presidencia de María Estela Martínez de Perón (1974-1976)”; presentada en el XIV Congreso RedCom: “Investigación y Extensión en Comunicación: Sujetos, Políticas y Contextos”, Universidad Nacional de Quilmes, 2012.
- (1) Entre las excepciones, se encuentran: Díaz, César. *Nosotros y la violencia política*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2009 y Díaz, César. *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado de 1976*, Bs. As., La Crujía, 2002.
- (2) Proyectos UBACyT: “Voces y Silencios: la prensa católica durante el Proceso de Reorganización Nacional” (2004/2007); “¿Consenso, sumisión o disenso? La prensa política durante el ‘Proceso de Reorganización Nacional’” (2008/2010) y “Del juicio al indulto: Derechos Humanos y memoria de la dictadura en la gran prensa nacional (1983-1990)” (2011-2014), todos dirigidos por Jorge Saborido.
- (3) Borrat, Héctor. *El periódico, actor político*, Barcelona, Gili, 1989.
- (4) Sidicaro, Ricardo. *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Bs. As., Sudamericana, 1993; Díaz, César. *La cuenta...* Op. Cit. y Díaz, César. *Nosotros...* Op. Cit.; Heredia, Mariana. “Política y liberalismo conservador a

- través de las editoriales de la prensa tradicional en los años '70 y '90", en Levy, Bettina (comp.). *Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano*, Bs. As., CLACSO, 2002; Saborido, Jorge. *El nacionalismo católico en la Argentina reciente: la revista Cabildo (1976-1981)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2004; y Borrelli, Marcelo. *Hacia el "final inevitable". El diario Clarín y la "caída" del gobierno de Isabel Perón (1975-1976)*, Bs. As., Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2008.
- (5) Bajtín, Mijaíl. *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1982; Voloshinov, Valentin. *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Bs. As., Nueva Visión, 1976; Verón, Eliseo. *La Semiosis Social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Barcelona, Gedisa, 1987; Verón, Eliseo. "Prensa escrita y teoría de los discursos sociales: producción, recepción, regulación", en *Langage, discours et sociétés*, N°4, París, 1988; y Lakoff, George y Johnson, Mark. *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1998.
 - (6) Kandel, Pablo y Monteverde, Mario. *Entorno y caída*, Bs. As., Planeta, 1976; Gillespie, Richard. *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Bs. As., Grijalbo, 1982 (Primera edición en español: 1987); De Riz, Liliana. *Historia Argentina. La política en suspenso 1966/1976*, Bs. As., Paidós, 2000; Varela, Mirta. "Los medios de comunicación durante la dictadura: silencio, mordaza y 'optimismo'", en *Todo es Historia*, N° 404, Bs. As., marzo 2001, pp. 50-63; Vezzetti, Hugo. *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en Argentina*, Bs. As., Siglo XXI, 2002; Novaro, Marcos y Palermo, Vicente. *La dictadura militar 1976-1983: del golpe de Estado a la restauración democrática*, Bs. As., Paidós, 2003; y Svampa, Maristella. "El populismo imposible y sus actores, 1973-1976", en James, Daniel (Dir.). *Violencia, proscripción y autoritarismo*, Nueva Historia Argentina, Tomo 9, Bs. As., Sudamericana, 2007, pp. 381-438.
 - (7) Graham-Yooll, Andrew. *Memoria del miedo (Retrato de un exilio)*, Bs. As., Fundación Editorial de Belgrano, 1999 (primera edición en Buenos Aires de Sudamericana, 1985); Graham-Yooll, Andrew. *La colonia olvidada. Tres siglos de habla inglesa en la Argentina*, Bs. As., Emecé, 2000; y Cox, David. *En honor a la verdad: memorias desde el exilio de Robert Cox*, Bs. As., Colihue, 2002.
 - (8) En 1968, la empresa editorial Evening Post Publishing Company de Charleston, Carolina del Sur, Estados Unidos, compró una porción mayoritaria del diario y el resto siguió perteneciendo a la familia Rugeroni.
 - (9) Puesto que el *Herald* no estaba afiliado al Instituto Verificador de Circulaciones, no existen datos oficiales sobre cuál era su tirada durante el período considerado en este trabajo: Graham-Yooll (por entonces secretario de redacción), calcula que ésta era de 17.000 ejemplares y Cox, su director, menciona una cifra parecida (alrededor de 20.000 para fines de la década del 60). Graham-Yooll proporcionó el dato en una entrevista personal con los investigadores del equipo (7/1/2009) y los dichos de Robert Cox aparecen en Cox David. *En Honor...* Op. Cit., p. 33. En tanto, César Díaz calcula para 1976 una tirada total de 35.000 (en Díaz, César. *La cuenta...* Op. Cit., p. 218). Estos números lo colocaban bastante por debajo de la circulación de la prensa masiva, en una sociedad que ciertamente consumía una gran cantidad de medios gráficos: como señala Borrelli (*Hacia el...* Op. Cit, p. 47) sumando todas sus ediciones diarias, *Crónica* tenía una tirada de 600.000 ejemplares mientras que *Clarín* era el matutino más leído, con 350.000 ejemplares. Veinte revistas vendían más de 50.000 ejemplares.
 - (10) Porta, María Sol. *Una trayectoria particular: el Buenos Aires Herald durante la presidencia de María Estela Martínez de Perón (1974-1976)*, Bs. As., Tesis de maestría, UNSAM, 2010.
 - (11) Heredia, Mariana. "Política..." Op. Cit. y Heredia, Mariana. *La construcción de la amenaza, Argentina 1969-1976. Crispación de los conflictos y pensamiento liberal de derecha*, Informe final de doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2000.
 - (12) En ocasión de su detención en 1977, Cox fue interrogado sobre la línea política del diario y respondió que era "liberal, pero liberal europeo, de centro". Entrevista a Robert Cox, por Bruschtein, Luis. "Las notas del Herald salvaron vidas humanas", en *Página 12*, Bs. As., 1 de mayo de 2001, disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/2001/01-05/01-05-14/pag15.htm>
 - (13) Buenos Aires Herald. "Señales del peligro", Bs. As., 23 de septiembre de 1974, p. 8.

- (14) *Ibíd.*
- (15) Franco, Marina. *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*, Bs. As., Fondo de Cultura Económica, 2012.
- (16) Buenos Aires Herald. "Legislación anti-terrorista", Bs. As., 26 de septiembre de 1974, p. 6.
- (17) Gillespie, Richard. *Soldados de Perón...* Op. Cit., p. 227.
- (18) Buenos Aires Herald. "Un policía profesional", Bs. As., 2 de noviembre de 1974, p. 6.
- (19) Graham-Yooll, Andrew. "Violence seesaws left and right", en Buenos Aires Herald, Bs. As., 3 de noviembre de 1974, pp. 3 y 10.
- (20) Buenos Aires Herald. "El temor de los padres", Bs. As., 12 de noviembre de 1974, p. 8.
- (21) Buenos Aires Herald. "Terrorismo bicéfalo en Córdoba", Bs. As., 24 de enero de 1975, p. 8.
- (22) Buenos Aires Herald. "Terrorismo: Tiempo de adoptar decisiones", Bs. As., 8 de febrero de 1975, p. 6.
- (23) Borrelli, Marcelo. *Hacia el...* Op. Cit., p. 71.
- (24) Grondona, Mariano. "En Tucumán ensayan fortalecer la vida cívica para resistir la subversión", en La Opinión, Bs. As., 15 de febrero de 1975, tapa.
- (25) La Nación. "La lucha antsubversiva", Bs. As., 13 de febrero de 1975, p. 6.
- (26) Buenos Aires Herald. "La guerra contra la guerrilla", Bs. As., 12 de febrero de 1975, p. 8.
- (27) Entre ellos, los secuestros de Ana Guzzetti de *El Mundo* (29/4/1975) y Carlos Villar Araujo de *Crisis* (29/5/1975); los crímenes de Máximo Ongaro, hijo del gremialista gráfico Raimundo Ongaro (8/5/1975) y el periodista de *La Opinión* Jorge Money (18/5/1976). También las amenazas de la Triple A a personalidades públicas (25/4/1975); el hallazgo de ocho cuerpos en Témperley, al sur del conurbano bonaerense (23/3/1975) y la aparición de un spot publicitario oficial que acusaba de "subversivos" a los diarios *El Mundo*, *Noticias*, *El Cronista Comercial* y *La Opinión* (20/5/1975). El *Buenos Aires Herald* cubrió y editorializó duramente en todos estos casos.
- (28) Larraquy, Marcelo. *López Rega. La biografía*, Bs. As., Sudamericana, 2004, p. 407.
- (29) Franco, Marina. *Un enemigo...* Op. Cit.
- (30) Buenos Aires Herald. "Los dos extremos son peligrosos", Bs. As., 24 de mayo de 1975, p. 6.
- (31) Buenos Aires Herald. "Bombas terroristas: una advertencia", Bs. As., 20 de octubre de 1974.
- (32) Buenos Aires Herald. "UCR thougens stance: 'Argentina is being slowly annihilated'", Bs. As., 4 de mayo de 1975, p. 9.
- (33) Buenos Aires Herald. "Tres huelgas", Bs. As., 9 de abril de 1975, p. 8.
- (34) Buenos Aires Herald. "Todo tranquilo en Villa Constitución?", Bs. As., 12 de abril de 1975, p. 6.
- (35) Buenos Aires Herald. "El 'terrorismo industrial' no es nuevo", Bs. As., 17 de mayo de 1975, p. 6.
- (36) Entre ellos, la voladura de un avión Hércules (19/8/1975) y el asalto al Regimiento 29 de Infantería de Monte en Formosa (6/8/1975).
- (37) Buenos Aires Herald. "FIAT closes plant in face of violence", Bs. As., 20 de octubre de 1975, p. 9.
- (38) Buenos Aires Herald. "La guerra silenciosa", Bs. As., 21 de octubre de 1975, p. 8.
- (39) Buenos Aires Herald. "Los guerrilleros hormiga", Bs. As., 22 de agosto de 1975, p. 8.
- (40) No era una idea exclusiva del *Herald*. En octubre, *La Nación* editorializaba: "Cuando se reduce el concepto de subversión al de la acción armada se está cometiendo un error tan pronunciado como cuando se ignora que esa subversión también se manifiesta en la fractura de ciertos valores mínimos de jerarquía y disciplina y en el enseñoramiento de una ineptitud deformante de las instituciones del Estado, o bien en la trasgresión de ciertos principios de moralidad administrativa". *La Nación*. "Cada uno, firme en su puesto", Bs. As., 7 de octubre de 1975.
- (41) Vezzetti, Hugo. *Pasado y presente...* Op. Cit, p. 58.
- (42) Buenos Aires Herald. "Combatiendo la subversión", Bs. As., 19 de mayo de 1975, p. 6

- (43) Buenos Aires Herald. "La lección del ataque en Formosa", Bs. As., 7 de octubre de 1975, p. 8. El caso de Chile era más complejo. El *Herald*, que era muy crítico respecto de la experiencia de la Unidad Popular, cuestionaba mucho al régimen militar de Augusto Pinochet a causa de las denuncias internacionales sobre violaciones a los derechos humanos.
- (44) El decreto 2717 del 1 de octubre determinó la extensión del Estado de Sitio proclamado en 1974. El decreto 2770 del 6 de octubre creó el Consejo de Defensa Nacional, formado por los ocho miembros del gabinete más los tres comandantes de cada una de las fuerzas. Dos días después, Lúder firmó los decretos 2771 y 2772. El primero ponía a las policías provinciales y los servicios penitenciarios bajo el control del Consejo de Defensa. El segundo señalaba, en su artículo primero: "Las Fuerzas Armadas bajo el Comando Superior del Presidente de La Nación, que será ejercido a través del Consejo de Defensa, procederán a ejecutar las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a los efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país". Sobre el contexto de esta legislación ver De Riz, Liliana. *Historia Argentina...* Op. Cit., p. 176; Novaro, Marcos y Palermo, Vicente. *La dictadura...* Op. Cit., p. 31; Graham-Yooll, Andrew. *Tiempo de tragedias y esperanzas. Cronología histórica 1955-2005. De Perón a Kirchner*, Bs. As., Lumiere, 2006, p. 356, entre otros.
- (45) Buenos Aires Herald. "Altibajos", Bs. As., 22 de octubre de 1975, p. 8.
- (46) Díaz, César. *La cuenta...* Op. Cit.; y Porta, María Sol. *Una trayectoria...* Op. Cit.
- (47) Buenos Aires Herald. "El ejército de Videla", Bs. As., 31 de agosto de 1975, p. 8.
- (48) *Ibíd.*

Recibido: 23 de octubre de 2012

Aprobado: 12 de noviembre de 2012.

